

Más allá del periodismo narrativo.

Un debate sobre las formas y los fondos que apenas empieza en América Latina

Resumen

La creciente difusión de trabajos que utilizan herramientas literarias en el periodismo de la región ha dejado escasos elementos para discutir sobre sus agendas, sobre todo luego de que en los últimos años se ha privilegiado la calidad de los textos antes que su temática. Este ensayo pretende realizar un acercamiento a un debate más bien reciente, en el cual las posiciones críticas, por lo menos con respecto a las posiciones artísticas, han ido ganando espacio.

Palabras clave: periodismo, literatura, formas, fondos, calidad, compromiso, ética

Resumo

A crescente difusão de trabalhos que utilizam ferramentas literárias no jornalismo da região tem deixado poucos elementos para discutir sobre suas agendas, sobretudo porque nos últimos anos a qualidade dos textos tem sido privilegiada em relação às suas temáticas. Este ensaio pretende abordar um debate mais recente, no qual as posições críticas, ao menos a respeito das posições artísticas, vêm ganhando espaço.

Palavras-chave: jornalismo, literatura, formas, fundos, qualidade, compromisso, ética



Galo Vallejos Espinosa

Ha sido redactor y editor durante quince años en periódicos ecuatorianos. Actualmente sigue vinculado con la profesión como periodista *free lance* con publicaciones en distintas revistas. Además, es investigador de la comunicación, en especial de fenómenos relacionados con el periodismo.

Correo:

gvallejose@hotmail.com

Recibido: abril 2013
Aprobado: mayo 2013



Desde las últimas décadas del siglo pasado hasta hoy, los géneros narrativos han buscado posicionarse en la vanguardia del periodismo, por lo menos en América Latina. Con mayor o menor frecuencia y en espacios más bien limitados, dependiendo de los entornos mediáticos de cada país, los géneros que utilizan herramientas de la literatura se han creado su espacio, básicamente en los medios impresos. Y han sido valorados por los lectores, por los propios periodistas e incluso por los espacios académicos.

Igualmente, desde hace por lo menos dos décadas, existen periodistas especializados en este tipo de trabajos, que se conocen como cronistas. Se tomó en cuenta ese nombre para recordar a los cronistas de la antigüedad, en especial a los de Indias, quienes documentaron la conquista española en América (Puertas, 2010). Hoy los cronistas latinoamericanos suelen juntarse cada cierto tiempo, sobre todo apoyados por organizaciones como la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), con sede en la ciudad colombiana de Cartagena de Indias, y creada alrededor de la figura del escritor Gabriel García Márquez, quien ejerció el periodismo de manera activa antes de dedicarse a la literatura¹.

El término de Nuevo Periodismo, que surgió a partir de los años 60 y que es paradigma de colectivos e instituciones como la FNPI, empezó a cuajar entre los profesionales de la información con la idea de producir trabajos distintos y que pusieran distancia con la redacción de los géneros noticiosos. En ese sentido fue emblemático el aporte del escritor Truman Capote, quien sacó a la luz "A sangre fría", en 1966. El minucioso relato de cómo dos hombres, quienes finalmente fueron condenados a muerte, asesinaron a una familia en el interior estadounidense, se convirtió en un clásico del naciente género literario bautizado como no ficción, en el cual la realidad pasó a convertirse en materia prima para crear una obra literaria con hechos reales.

Capote nunca recibió el mayor premio estadounidense al periodismo, el Pulitzer, ni el *National Book Award*, el reconocimiento más alto

de la literatura de ese país para un escritor. Hizo público su malestar cuando su colega Norman Mailer obtuvo el Pulitzer en 1968 con una novela de no ficción sobre una marcha pacífica contra la Guerra de Vietnam titulada "Los ejércitos de la noche, la historia como novela, la novela como historia". Para Capote, periodistas como Mailer habían "copiado" su estilo. (Ortells, 2009: 32).

Las "adecuaciones" de Capote al relato de su obra maestra lo ubicaron como un escritor cuestionado, dice Elena Ortells Monton. "Sus continuas reivindicaciones sobre la estricta adecuación a la realidad de sus relatos de no ficción y, más en concreto de 'A sangre fría', obra que desató la polémica, convirtieron el criterio de verdad en un parámetro a la hora de analizar su producción literaria (...) Al insistir en que cada palabra de su libro es verdadera, se ha convertido en vulnerable a los ataques de aquellos lectores que se preparan para comprobar seriamente una afirmación tan radical." (Tompkins, citado por Ortells, Op. cit: 34).

Nueve años antes de Capote y su libro icónico, en Argentina se lanzó "Operación Masacre", de Rodolfo Walsh, un trabajo periodístico de largo alcance en el cual el autor recreó, con lujo de detalles y herramientas literarias, la matanza de seis personas vinculadas con la llamada Revolución Libertadora, que pretendió derrocar a la dictadura militar que por entonces gobernaba a ese país. Walsh escuchó en un café de La Plata que existía un sobreviviente y lo contactó, hasta descubrir posteriormente que fueron siete en total quienes se salvaron de ser fusilados por miembros del Ejército argentino. Gracias al libro empezó un proceso judicial que, en medio de la represión imperante en esos momentos, apenas prosperó.

A décadas de la poderosa irrupción de los géneros narrativos en el periodismo, este ensayo pretende señalar un hecho por el cual precisamente uno de sus precursores, Capote, fue cuestionado: el fondo sobre las formas a la hora de hacer periodismo, incluso -y sobre todo- el narrativo. El triunfo de Mailer sobre Capote en los Pulitzer de casi hace medio siglo pudiera haber dado inicio a esta discusión que aún no ha sido saldada y que en América Latina apenas ha empezado a difundirse, sobre todo después del Segundo Encuentro de Cronistas de Indias, realizado el año pasado en la Ciudad de México.

¹ García Márquez ejerció el periodismo en diarios y revistas de su país y Venezuela en la década de los cincuenta. El libro *Crónicas y Reportajes*, publicado en 1982 por Oveja Negra, muestra varios de los trabajos del único premio Nobel de Literatura colombiano cuando se dedicó al periodismo. A finales del 2012, la FNPI publicó una nueva versión de los trabajos periodísticos del escritor.

¿Arte o responsabilidad social? ¿Debe el periodista trabajar en base de una agenda que lo comprometa con la sociedad en la que vive o, por el hecho de escribir bien, puede privilegiar los temas que se “venden” mejor a través de los medios de comunicación? El debate apenas se ha esbozado, por lo menos en la región.

Un referente cuestionado

A inicios del 2010, la carrera del denominado periodista del siglo XX, el polaco Ryszard Kapuscinski, empezó a ser cuestionada, tras la publicación de la biografía escrita por uno de sus pupilos más aventajados, colega y amigo cercano, su compatriota Arthur Domoslawski, quien, luego de recorrer los lugares donde el polaco supuestamente recolectó material informativo y testimonios para escribir sus mejores historias, en diversos países de África y América, obtuvo versiones de que numerosos datos y afirmaciones que Kapuscinski hacía en sus obras se basaban más en la ficción que en la realidad.

El inglés Timothy Garton sostiene que Kapuscinski bien pudo haber sido candidato al Nobel de Literatura, pero como periodista perdió rigurosidad (Garton, 2011). Incapaz de cuestionar el genio de la escritura del polaco, sostiene que, aunque no existe una línea “alabrada y con focos” entre la ficción y la realidad, “sí hay un límite fundamental, una zona fronteriza, que los escritores de no ficción debemos intentar no cruzar jamás. Si cruzamos ese límite, entonces debemos asignar una etiqueta distinta al producto final” (Op. cit.).

Para Garton, y siguiendo las conclusiones de la biografía elaborada por Domoslawski, la principal razón para no sobrepasar ese límite es el compromiso con los lectores: ser justos con ellos. De personas que leyeron a Kapuscinski y pensaron que él estuvo de verdad en todos los acontecimientos que relata en sus libros. A criterio de Garton, “ser testigos de genocidios, guerras, revoluciones y muestras de valor humano en medio de la humanidad es -perdónenme el tono melodramático- una responsabilidad sagrada” (Op. cit.).

El periodista, para Garton, debe cumplir con una promesa implícita de no contarle ficciones a sus lectores, de no cambiar los hechos para que

resulten más atractivos, ni siquiera en lo más mínimo.

“Nadie puede ver una situación en su conjunto ni ser totalmente objetivo. Todo el mundo tiene un punto de vista. Ahora bien, si digo que vi una cosa, es que vi esa cosa. No estaba en otra calle, en otro momento, ni me lo contó alguna otra persona mientras tomábamos una copa en el bar del hotel”. (Garton, Op. cit.)

Las reacciones sobre la falta de rigurosidad del trabajo de Kapuscinski fueron diversas, sin embargo. El mexicano Juan Villoro, escritor y periodista, y uno de los cultores más reconocidos de los géneros narrativos en América Latina, defendió al polaco, en un argumento que más bien termina de separar al llamado “mejor periodista del siglo XX” del oficio, por lo menos desde el punto de vista del mexicano.

“Kapuscinski no conseguía exclusivas ni daba noticias. Su técnica era proustiana: reconstruía el tiempo y se concentraba en complejas formas de comportamiento. La nitidez con que retrata los usos del poder en ‘Imperio’ o ‘El Emperador’ no se ve empañada por la previsible inseguridad de su memoria. La fama es siempre un malentendido. El problema de Kapuscinski está en su contexto, en el mito de que fue el hombre mejor informado antes de Internet” (Villoro, 2011).

Para Villoro, Kapuscinski cumplió con un papel dentro del periodismo al revelar las “relaciones de poder” en el mundo contemporáneo. Pese a ello, reconoció que no era un profesional riguroso, ya que basaba sus reportajes y libros en los difusos datos que guardaba en su memoria. El autor de la biografía de Kapuscinski, Domoslawski,

¿Arte o responsabilidad social?
¿Debe el periodista trabajar sobre la base de una agenda que lo comprometa con la sociedad en la que vive o, por el hecho de escribir bien, puede privilegiar los temas que se “venden” mejor a través de los medios de comunicación? El debate apenas se ha esbozado, por lo menos en la región.

reconoció que su mentor se jactaba de no haber hecho entrevista alguna durante su carrera de periodista².

Los trabajos relacionados con los géneros narrativos suelen tener temáticas que se caracterizan por ser más bien abiertas. Se presenta desde crónicas relacionadas con la *miss*, el cantante o el actor del momento, hasta hechos de corrupción en gobiernos o grandes empresas. ¿Qué tan importante es la agenda del periodista?

El debate acerca de la rigurosidad del trabajo periodístico de Kapuscinski, sin embargo, no es una constante dentro del periodismo, luego de décadas que él fuera tomado en cuenta como el paradigma del reportero que contaba grandes historias. Más allá de su talento como escritor, su compromiso con los lectores que confiaron en él no se cumplió, insiste Garton, en el reflejo de que las posturas críticas alrededor de la polémica causada por el polaco. Controversia que tampoco pueden negarlo quienes no dudan del Kapuscinski periodista, como Villoro.

¿Vale más el fino texto de Kapuscinski que la fidelidad de los datos que utilizó para construirlo? Al tono de un trabajo periodístico que asuma responsabilidades ante el material que presenta a los lectores, el célebre polaco pudiera haber dejado una cuenta pendiente.

Escribir sobre todo

Los trabajos relacionados con los géneros narrativos suelen tener temáticas que se caracterizan por ser más bien abiertas. Se presenta desde crónicas relacionadas con la *miss*, el cantante o el actor del momento, hasta hechos de corrupción en gobiernos o grandes empresas. ¿Qué tan importante es la agenda del periodista?

² En su libro, Domoslawski cuenta que un día le preguntó a Kapuscinski si le interesaría entrevistar al último presidente de la desaparecida Unión Soviética, Mijail Gorbachov, como un insumo más en la preparación de su libro *Imperio*. La respuesta fue: “¿Pero de qué voy a hablar con él? ¿De amor?”. Kapuscinski sostenía que no encontraba el sentido en entrevistar a los políticos porque no le decían la verdad.

En el segundo y último encuentro de los nuevos cronistas de Indias, realizado en el último trimestre del 2012 en la ciudad de México, el debate sobre hacer periodismo en sociedades convulsas y marcadas por los conflictos tomó forma por primera vez, por lo menos a escala regional.

Las posturas de los periodistas-artistas y de los periodistas-periodistas monopolizaron el debate, que en cierto momento se volvió intenso y apasionado. Las posturas de los primeros no pretendieron aceptar del todo la responsabilidad social del periodista en una suerte de compromiso que se inclina más hacia los textos, hacia la escritura, como lo dice la argentina Leila Guerriero, una de las más reconocidas en América Latina. Ella se pregunta “¿por qué quienes escribimos crónicas elegimos, de todo el espectro posible, casi exclusivamente las que tienen como protagonistas a niños desnutridos con moscas en los ojos, y despreciamos aquellas con final feliz o que involucran a mundos de clases altas?” (Guerriero, 2009: 2).

Sostiene que el peor error de los periodistas es presentar “textos aburridos, monótonos, sin climas ni matices, limitarse a ser un periodista preciso y serio, alguien que encuentra respuestas perfectas a todos los porqués, y que jamás se permite la gloriosa lujuria de la duda” (Op. cit. 3). Además, que la crónica latinoamericana tiene oficio y músculo entrenado para “contar lo *freak*, lo marginal, lo pobre, lo violento, lo asesino, lo suicida (...), pero en cambio tiene cierto déficit a la hora de contar historias que no rimen con catástrofe y tragedia.” (p. 4).

Reconoce Guerriero, sin embargo, que hablar de niños desnutridos pudiera ser prioridad, pero que es necesario que la crónica se abra a otras dinámicas, con la idea de no aspirar a ser solamente un “periodismo serio”, o que pretenda buscar justicia social, porque, a su criterio, el mayor objetivo del cronista es contar historias (p.6).

¿Implica contar buenas historias vender lo más atractivo, lo más curioso, lo más novedoso? O, en otras palabras, ¿lo más comercial? Para el español Jorge Reverte, las tendencias que privilegian las formas y que buscan los temas atractivos antes que los de relevancia social pudieran tratarse de una aplicación extrema de los parámetros empresariales en el periodismo.

“La buena marcha de un periódico se centra cada vez más en la demanda, es decir en la capacidad para interpretar los deseos del público como elemento que desplaza al impulso de contar bien la realidad y proporcionar elementos necesarios para su análisis. Este desplazamiento del interés de los medios hacia la demanda altera de una manera profunda el oficio del periodista” (Reverte, 2002: 16).

La postura de Guerrero descarta, casi por completo, el hecho de que el cronista es, antes que un creador de textos narrativos atractivos, un periodista, que busca generar un trabajo de ese tipo. Algo que sí lo tiene claro, por ejemplo, el estadounidense Jon Lee Anderson, cuya obra, relacionada sobre todo con la profesión antes que con la literatura, ha escarbado los conflictos más desgarradores a lo largo del mundo.

“Alguien me preguntó: ¿qué es lo esencial para ser buen corresponsal de guerra? Para mí está claro. Primero: no definirse como corresponsal de guerra, con todo el falso heroísmo que eso implica, sino como periodista. Uno es periodista para atestiguar y narrar la historia en vivo, lo que en algunos casos implica presenciar la guerra. Segundo, y lo más importante: tener un alto sentido humanista. Cuando uno está ahí, sobre la tierra donde la sangre se derrama a chorros, cuando mueren inocentes y uno los está observando agonizar y morir, queda claro que la guerra es una cosa terriblemente perversa” (Anderson, 2005: 84).

Un debate nuevo

Las concepciones acerca de su trabajo como periodistas, entre Guerrero y Anderson, en sintonía con los criterios mostrados anteriormente, pudieran ser antagonistas y llegan a reflejar dos visiones acerca de la profesión, una actividad cuestionada permanentemente por su exposición pública. Ambas posiciones se evidenciaron como pocas veces hace contados meses en la capital mexicana³, al tiempo que en cada charla los partidarios de cada una daban sus argumentos para sostenerlas.

El director de la FNPI, Jaime Abello, en onda con la vena artística, sostenía por ejemplo que “el periodismo narrativo tiene dos motores

importantes: la curiosidad y la ambición del cronista”. Elena Poniatowska, en un discurso inaugural del encuentro sostenía “soy lo que soy por las miles de voces que he escuchado”, reivindicando su tarea social. En sintonía con ella, la chilena Mónica González decía que “la agenda de los medios está determinada por los poderosos, pero los poderosos no son los políticos, como suele creerse, sino los grandes empresarios. El reto es averiguar quiénes son y cómo son”. Al tiempo que el argentino Diego Fonseca asentía: “Estoy de acuerdo en que se necesita hablar más del poder: de su lógica y de sus protagonistas”.

El chileno Cristian Alarcón, por su parte, hablaba de la necesidad de depurar la agenda. “No todas las realidades pueden ser narradas. Hay hechos que se pueden contar de otra manera. Hay que ver la cantidad de basura que producen quienes creen que todo lo que uno ve se puede convertir en crónica”. Desde Colombia, Camilo Jiménez subrayaba cierto vacío en el periodismo narrativo para ponerse en sintonía con los problemas de su país, que “dejó de ser un país cafetero y se volvió un país minero, y de esto no nos dimos cuenta por estar escribiendo las mismas historias de siempre”.

Pero si existió una posición crítica con respecto al trabajo de los cronistas, o los periodistas que privilegian los géneros narrativos, esa fue la de la chilena Rocío Montes, quien, en un artículo escrito a propósito del encuentro en tierras mexicanas, sostenía que este tipo de periodismo “ha sido profanado por quienes escriben bajo fórmulas literarias probadas y se amparan en la rareza por la rareza para ganar fama y lectores” (Montes, 2012). Que ese estilo de escribir crónicas se había consolidado de alguna manera en su país, al igual que en el resto de América Latina; por esa razón, exponía, lo narrativo no ha sido considerado como una posibilidad unánime en el periodismo de la región.

“(…) hay quienes preferimos definirnos como periodistas a secas que pretenden capturar un trozo de realidad que merece ser contada, investigarla como quien disecciona a un muerto, sacarla del anonimato y escribirla con el propósito genuino de que a alguien -aunque sea a una sola persona- le sirva para entender mejor el tiempo que le tocó vivir... o para lo que sea. Si eso es ser cronista -si ser cronista es ser parte de un club de elegidos que usan los adjetivos con destreza y escriben sobre marginalidad porque vende

³ El segundo Encuentro de Nuevos Cronistas de Indias se realizó del 10 al 12 de octubre del 2012 en el Castillo de Chapultepec en el Distrito Federal, México.

y resulta- el día de mañana tendrán razón los editores que arrugan la nariz cuando uno de sus redactores habla del género (Montes, Op. cit.).

Para Montes, sucesos dramáticos en América Latina, relacionados con la violencia y las crisis sociales de nuestros países, han sido revelados únicamente por el esfuerzo y la audacia de periodistas que han realizado su trabajo con ayuda de los géneros narrativos, aunque con una rigurosidad y compromiso periodísticos, en especial en hechos que han tenido que ver con la impunidad del narcotráfico en México, con el crimen organizado en Centroamérica, o con la violencia colombiana, solo para citar tres casos. A su criterio, los géneros narrativos no deben pertenecer únicamente a los juglares. El oficio, a pesar de los problemas que conlleva y a la crisis que ha obligado a ciertos medios a despedir a decenas de periodistas en diversas áreas del planeta, aún vale la pena ejercerlo, decía Montes.

Entre quienes se mostraron más bien escépticos con el compromiso social estuvo la posición del ecuatoriano Juan Fernando Andrade, para quien “el tema no te hace más o menos periodista” (Andrade, 2012). Defendió su libertad a la hora de hacer su agenda y, para mostrar al apasionamiento de los cronistas reunidos en México, contó cómo un colega lo retó a golpes para terminar con los desacuerdos. A su criterio, hacer periodismo narrativo desde lo cotidiano también puede ayudar a los lectores.

“Se dijo que no vale la pena escribir sobre los *freaks* y yo me puse a pensar en El hombre elefante, la película de David Lynch, y en que esa es una crónica oscuramente tierna e inhumanamente humana. Se habló de las intrigas al interior de las multinacionales que envenenan a la población con sus negociados, y yo no pude estar más de acuerdo con esa batalla pero también pensé en cuánta gente, día a día, minuto a minuto, es afectada o quizás hasta contaminada por sustancias como el reggaetón (...)” (Andrade, Op. cit.).

Andrade terminaba de privilegiar su afecto a las posiciones artísticas, cuando señala que las tareas de un periodista y/o escritor, por lo menos bajo su mirada, se tratan de “trata las horas que pasa investigando, redactando, leyendo en voz alta un párrafo maldito hasta que suene como una canción” (Op. cit.).

Consideraciones finales

Los géneros narrativos, con la crónica como abanderada, se han desarrollado en América Latina, pero el debate acerca de sus agendas y de los compromisos de la profesión con los entornos sociales que le ha tocado reflejar apenas ha arrancado. En sintonía con vertientes del llamado Nuevo Periodismo surgido en Estados Unidos hace medio siglo, la tendencia que privilegia las formas sobre los fondos ha ganado espacio en la región.

El debate acerca de los temas a la hora de producir periodismo narrativo apenas se ha empezado a dibujar, a pesar de que esta parte del mundo fue pionera en lo que se refiere a este tipo de trabajos profesionales. Las discusiones sobre esta problemática han tenido un espacio sumamente reducido en los encuentros de los comunicadores que cultivan este tipo de periodismo, que ha tenido cierto auge a partir de las últimas décadas del siglo pasado.

Las reflexiones sobre el tema han sido más bien recientes y se han limitado, por lo menos en lo que se refiere a los encuentros públicos, a conlaves de los conocidos como nuevos cronistas de Indias. Por separado también se han producido reflexiones, como las de Leila Guerriero o las de Jon Lee Anderson, quienes han discutido sobre el papel del periodista, más allá de que su opción sea cultivar lo narrativo o no.

El reciente debate, pese a que no se lo ha dicho de manera explícita, ha llevado a pensar en las condiciones éticas a la hora de abordar los temas. Las posiciones de ciertos periodistas sobre la controversia alrededor del trabajo de Kapuscinski en los últimos años dieron ciertas pistas acerca de que la calidad de los textos no es suficiente, sino que también es necesario pensar en los temas que permitan a las sociedades reflejarlas de la manera más fiel y argumentada posible.

Entre las posiciones, una vez que el debate se ha presentado de manera efectiva, se han centrado básicamente en la posibilidad de hacer periodismo narrativo comprometido o no. En ese sentido, la apuesta por realizar trabajos que involucren problemas y situaciones de las grandes mayorías de la población ha ganado espacio, por lo menos en medio de las discusiones. Los aportes que pretenden rescatar el compromiso social del

oficio han venido desde distintos países y han cuestionado a la tendencia de cultivar géneros que utilicen las herramientas literarias porque sí, simplemente con la idea de producir buenos textos.

Quienes defienden la calidad literaria han tenido que reconocer que las formas no son suficientes.

Que discriminar los temas en razón de que sean atractivos pudiera no ser suficiente en sociedades cruzadas por problemas materiales que no permiten a la mayoría de la población resolver sus necesidades elementales. ❄️

Bibliografía

- Anderson, Jon Lee (2008), El nuevo periodismo y la guerra en ¿Hacia dónde va el periodismo? Responden los maestros, FNPL, Bogotá, Colombia.
- Andrade, Juan Fernando (2012), Última impresión de ciudad-crónica: el consenso innecesario, en revista de cultura Ñ, leído el 22 de abril del 2013, en http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/nuevos-cronistas-indias-juan-andrade_0_793720868.html.
- Domoslawsky, Arthur (2010), Kapuscinski non fiction, Galaxia Gutemberg, Madrid, España.
- Garton, Timothy (2011), La ficción y la verdad periodística, en revista de Cultura Ñ, del diario Clarín, 20 de marzo, Buenos Aires, Argentina.
- Guerrero, Leila (2009), Sobre algunas mentiras del periodismo, en Frutos prohibidos, Aguilar, Buenos Aires.
- Montes Rocío (2012), La bofetada a los juglares, en revista de cultura Ñ, leído el 22 de abril del 2013, en http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/nuevos-cronistas-mexico-rocio-montes_0_793720895.html.
- Ortells Monton, Elena (2009), Truman Capote, un camaleón frente al Espejo, Universitat de Valencia, España.
- Reverte, Jorge (2002), Perro come perro. Guía para leer los periódicos, Ares y Mares (Editorial Crítica SL.), Barcelona.
- Puerta, Andrés (2011), El periodismo narrativo, o una manera de dejar huella en una sociedad en una época, en revista Anagramas, Universidad de Medellín, número nueve.
- Villoro, Juan (2011), La época mintió ante el notario, en revista de Cultura Ñ, del diario Clarín, 20 de marzo, Buenos Aires, Argentina.